

Cuadernos de Filología Italiana
2001, n.º extraordinario: 241-261

ISSN: 1133-9527

La traducción castellana del De mulieribus claris

Violeta DÍAZ-CORRALEJO
Asociación Complutense de Dantología

La traducción del *De mulieribus claris*, editada en Zaragoza, con el título *De las ilustres mujeres en romance*, en 1494, es la primera traducción, publicada en España, de una obra de Boccaccio. Se sabe que Alfonso de Cartagena había terminado de traducir, en 1422, la *Caída de príncipes*, título que dio al *De casibus virorum illustrium*, traducción iniciada años antes por Pedro López de Ayala pero que quedó inédita hasta 1495.

En cuanto a los datos concretos de esta primera edición boccacciana en romance castellano, recordaré brevemente los proporcionados por los artículos que Fernández Murga y Pascual Rodríguez le dedicaron en los años 1975 y 1977, así como el prolijo estudio de Boscaini, y pasaré luego al comentario pormenorizado de otro aspecto de la cuestión.

El incunable conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, del que se hizo una edición facsímil en 1951, en Valencia, y otra más reciente, igualmente facsímil, en la misma ciudad en 1994, se realizó en la imprenta de Paulo Horus, alemán de Constanza, que muy probablemente compró en Alemania los grabados con los que se ilustra, 76 xilografías, con los rótulos que identifican a los personajes en latín, prácticamente iguales, pues, a las que aparecen en el incunable latino de esta misma obra, de Lovaina y de 1487, que proceden, a su vez, a la edición de Ulm de 1473 (Ferrari 1977: 115).

Está impresa en folios numerados del II al CIX en el recto. Los dos autores citados dejaron, me parece, definitivamente establecido que la traducción se hizo, no a partir de ninguna de las distintas redacciones reseñadas por Zaccharia en su edición y traducción del *De mulieribus*, sino traduciendo el manuscrito 10.000 de la Biblioteca Nacional de Madrid, con el que coincide



en todos sus detalles específicos, como la extensión de los títulos de los capítulos o la falta de las dos últimas biografías. No falta en el manuscrito, en cambio, la biografía de Engualdrada, que no aparece en la traducción. Se supone que una alusión a los alemanes, que pudiera resultar ofensiva, pudo molestar al editor, alemán él mismo, como hemos dicho, o bien que el traductor la suprimió antes de que el editor pudiera verla y molestarse.

La lengua en que se traduce es un castellano ya rico y bastante flexible de estructura, con una presencia significativa de aragonesismos, de los que cito, a modo de ejemplo, sólo algunos de los más extensamente señalados por los dos autores:

- vacilaciones en la diptongación, como «desatiento» y «ornamiento».
- formaciones de gerundio y participio específicas, como «tovido» y «toviendo».
- palabras con género gramatical diferente al castellano: «el costumbre» o «el señal».
- formaciones de femenino impensables en castellano, como los plurales de «soez»: «soeces» y «soezas».
- localismos léxicos como «avinenteza», «fendrija» (aunque en otro momento emplea la castellana «rendija»), «hostillas», «render», «seze», etc.

Esto por lo que se refiere a los aspectos formales de esta edición primera.

Hay un aspecto en esta traducción más llamativo, que también vieron Fernández Murga y Pascual Rodríguez, pero en el que no se detuvieron bastante, sin duda por la limitación espacial que las normas editoriales suelen imponer en las revistas.

Me refiero a los comentarios que el traductor añade a gran parte de los capítulos de la obra. Aunque, como ha señalado Rubio Tovar (1997: 217) en su artículo sobre la traducción medieval, «la incorporación de glosas [...] no puede considerarse de ninguna manera un accidente en la práctica de los traductores», en este caso, no se trata de las habituales glosas explicativas o aclarativas. Nos encontramos con verdaderos comentarios al texto y, en algún caso, incluso intervenciones de creación personal suscitadas por el texto original. Lo que nos llevaría a la idea, también de Rubio Tovar, de la necesidad de contar con las traducciones en la historia general de una literatura. En alguna de estas glosas encontramos párrafos deliberadamente creativos, emanados de la lectura de la obra boccacciana, que probablemente habría que contar como la primera manifestación en castellano, modesta pero expresiva, de la influencia de Boccaccio en nuestra literatura.

Vamos a considerar con un poco más de detalle estos comentarios, que pueden darnos algunos indicios de la personalidad de un autor que renunció a atribuirse el mérito de una muy estimable traducción.

En primer lugar encontramos varios de estos comentarios en los que el traductor discrepa explícitamente de lo expuesto por el autor original. En otra ocasión ofrece una explicación distinta o directamente reprende a Boccaccio por expresar sentimientos demasiado nacionalistas en opinión del traductor. Veamos.

En el capítulo II, Boccaccio relata la vida de Semíramis, y tras relatar sus heroicidades, pasa al aspecto más turbio de su vida privada, afirmando que esta reina mezcló *libidini* y *sevitiam*, y la califica de *illebrece*, que nuestro traductor convierte en «vellaca».

Cuando acaba el capítulo, el traductor añade su comentario, de mediana extensión, que inicia discrepando de Boccaccio y prefiriendo la explicación de «algunos famosos y más ciertos autores», según la cual el amor de Semíramis por su hijo nació del «honesto y constante amor que a su marido el rey Nino tuvo», ya que, por no poder olvidarlo y parecerse mucho el hijo al padre, Semíramis no pudo evitar transferir ese amor al hijo.

No sabemos en qué autores «más ciertos» encontró esta versión, que parece más bien una pirueta dialéctica para asear un poco la imagen de la heroína descrita previamente.

No puede, en cambio, justificar de ninguna manera la promulgación de las leyes que autorizaban el incesto, que le parecen espantosas. Él establece, y lo percibimos como la expresión personal de una idea presumiblemente aceptada por todos, un matiz diferenciador: es espantoso «casar las hijas con los padres», pero es «más contra ley los hijos con las madres». La vieja y bien conocida costumbre de medir con distinta vara aparece por doquier.

La segunda ocasión en que discrepa es en el comentario al capítulo III. Boccaccio ha narrado la historia de Opis, mujer de Saturno y madre de los dioses, «la cual no se ennobleció por hazaña alguna, que della sepamos, salvo que libró a Neptuno, Júpiter y Plutón de la muerte, y a Saturno y Titán, sus hermanos». En un largo comentario, salpicado de ejemplos bíblicos y con alguna referencia a Homero y a Ennio, el traductor afirma en primera persona

ni hallo por qué deba más loar el Boccaccio a la reina Semíramis por haber conquistado grandes reinos y tierras que a la reina de Candía, Opis o Rhea, mujer de Saturno, por haber de muerte librado no digo sus hijos mas tan grandes tres reyes como fueron Plutón, Neptuno y Júpiter. Antes tengo yo por más segura y santa opinión el deber más loar a los que guardan las vidas que a los que las quitan [y dejan] muchas madres sin hijos y sin maridos muchas honestas matronas.

Lo que no deja de sorprender en un momento en el que la Corona de Aragón estaba inmersa en expediciones de conquista, en compañía de Castilla o sola, guerras bautizadas o no, dependiendo del territorio de que se tratara, con los piadosos nombres de cruzada y reconquista. Bien es verdad que, al menos en teoría, el traductor podría discrepar de la política de su rey, o bien podría simplemente repetir piadosos lugares comunes, pero lo cierto es que sus palabras tienen un cierto sabor de sinceridad.

La tercera discrepancia con Boccaccio se produce en el capítulo X, que trata de Libia, de la que no ha quedado testimonio de sus hazañas, salvo el hecho de que se haya dado su nombre a un vasto territorio africano, lo que indicaría para el autor la gran autoridad de que debió gozar entre los suyos.

En el comentario, más extenso que el propio capítulo, el traductor encuentra que «el Boccaccio no curó de la historia, mas del nombre» cuando dio la precedencia a Europa sobre Libia. Si Libia es nieta de Júpiter I, mucho más antiguo que Júpiter III, el que raptó a Europa, y no sólo más antiguo sino «de mayor virtud y hazañas», de las que narra brevemente algunas, el traductor

encuentra que Libia debiera ser «puesta primera que Europa, pues de tiempo, de sangre y virtud le tiene ventaja». Es decir, considera que Boccaccio no es imparcial y da la preeminencia a Europa por considerarla, sin razón, origen del continente más ilustre y no en atención a sus méritos reales. Forzando un poco la expresión, casi se podría decir que le está acusando de racismo.

Lo que no obsta para que en el comentario al capítulo que trata de Europa, el IX, el traductor considere que el continente europeo es «la más noble parte del mundo [...] de todas las ciencias, santidades, vencimientos y glorias de caballería sobre todas las naciones hubieron comúnmente lucido [...] y hoy día [...] puebla la mejor gente del mundo».

Por eso es por lo que cree que Europa debió tomar el nombre de este magnífico lugar y no al revés. Gracioso también al expresar sus dudas sobre el rapto de Europa, que era «moza» por parte de Júpiter, que era muy viejo, tanto que «abuelo suyo pudiera bien ser» y por tanto no muy apto ya para andar raptando doncellas.

En el capítulo VIII, se narra la historia de Isis, «diosesa de los egipcianos». Boccaccio narra dos posibles versiones de su vida. Una, la que la identifica con Io, amada por Júpiter y convertida luego en vaca, que, una vez que Mercurio hubo matado a Argos, que la vigilaba, huyó en una nave y llegó a Egipto, donde encontró «pueblos rudos y sin arte alguna» que «vivían más a manera de bestias que de hombres», a los que enseñó primero la agricultura y luego las letras y la escritura. Como pareció tan extraordinario en una mujer, consideraron que no podía venir de Grecia sino del cielo y como diosa la adoraron. La segunda versión varía sólo el inicio de la historia: Io habría huido de Grecia por miedo al padre, tras haber sido «corrompida» por Júpiter.

El traductor, en un comentario bastante largo, contrapone a estas dos de Boccaccio la versión agustiniana que afirma que Isis procedía de Etiopía, lo que ya es bastante más sensato. No se detiene mucho, sin embargo, en este tema; prefiere referirse a otro aspecto de la historia, que cuenta que los egipcios, una vez que la adoraron como diosa, prohibieron, bajo pena de muerte referirse a ella como mujer. El traductor nos da su opinión en primera persona: «los condeno [...] del mandar cortar la cabeza a cualquiera que osase decir que había sido mujer, desto los afeo mucho»... y pasa al tema que le interesa «así vemos que lo hacen los malos príncipes cuando son dotados de algún crimen feo que no consienten que alguno hable del vicio en que tocan». El comentario acaba en sermón para los tales malos príncipes: «si en pecado cayeren no esperen poder escapar de saberse [...] hagan luego penitencia, con-

fiesen y descubran al padre espiritual su pecado y podrán mucho antes remediar su infamia».

Merece la pena detenerse un momento en el principio del comentario, en el que se explica que los egipcios fueran capaces de adorar a una mujer como a una diosa:

tan engañada fue la gente de Egipto sobre todas las otras naciones que hasta los canes, monos, ratones y otras suciedades adoraron, hasta los corruptos vientos que por el deshonesto albañal del humano cuerpo salen, que no sé cómo pueda honestamente nombrarlos acataron como a cosas divinas...

No es fácil saber de dónde sacó nuestro traductor tan peregrina idea. No he podido encontrar ninguna referencia a culto tan particular.

En el capítulo XLIII Boccaccio narra la historia de Ilia Rhea, obligada a hacerse vestal por su tío a fin de evitar que procreara posibles herederos. Dice el autor que no se sabe cómo conoció varón y tuvo dos hijos que fueron Rómulo y Remo, antes de ser enterrada viva en castigo por su pecado. Más tarde, por ser la madre de los fundadores de Roma, se la adoró como diosa. Boccaccio aprovecha el tema para lanzar una diatriba contra los padres que obligan a las hijas a entrar en el claustro.



Nuestro traductor lo aprovecha, en cambio, para lanzar, a su vez, su diatriba personal contra Roma, sus raíces y su desarrollo, además de reprochar a Boccaccio su invectiva contra las malas monjas, visto el espejo que les pone delante. Parece desprenderse la idea ultraortodoxa de que no hay excusa ni justificación para faltar a los votos incluso pronunciados bajo coacción, ya que considera a Ilia sacrílega. Destaca el acento violentísimo que pone en la crítica a Roma:

La presunción de la tan soberbia y tirana Roma que sin título de razón ni derecho que le acompañase, acometió de tiranizar todo el mundo y trocar el nombre de tiranía en título de imperio [...] su raíz y principio [...] fue su alevoso Eneas, que después de haber a Troya vendido y hasta [a] su mujer Creusa, vino a plantar en Italia una simiente alevosa, tirana y cruel y a la postre dio lugar la desdicha [de] que naciesen los fundadores de Roma de una sacrílega y sepultada viva, y fuese poblada otrosí de traidores, homicidas, salteadores y de criminosos y de gentes allegadizas...

Tiene todo el sabor de un muy vivo rencor personal. Si, como apuntan Fernández Murga y Pascual Rodríguez, esta diatriba y la que comentaremos a continuación, no son sino una expresión más de la rivalidad entre humanistas españoles e italianos, tendremos que reconocer a nuestro traductor una fuerza dialéctica que va más allá del simple debate intelectual y reflexivo y se deja llevar hasta la violencia verbal del insulto.

Tratando otro tema, concretamente la historia de Clitemnestra y Egisto, el traductor expresa un voto, con claras resonancias bíblicas, que podríamos relacionar también con Rómulo y Remo y, por tanto, con el origen de Roma: «Guárdeos Dios de los hombres engendrados en pecado».

En el capítulo XXV Boccaccio evoca la figura de Nicóstrata, la ninfa Carmentis de la *Eneida*, que llegó de Grecia con su hijo Evandro, y para que los italianos no tuvieran que depender de letras extranjeras inventó el alfabeto latino, por lo que, después de muerta, fue adorada como una diosa. Entona a continuación un panegírico de Italia que «de muchas otras cosas fue dotada [...] más que las otras regiones del mundo, y floreció mucho sobre todas y casi rayó y resplandeció de una lumbre celestial...». Enumera luego toda una serie de aportaciones romanas a la civilización europea y cómo «ni el robo de los alemanes, ni la furia de los franceses, ni la astucia de los ingleses, ni la ferocidad de España ni la barbarie mal peinada y grosera de otra

nación alguna [...] jamás no ha podido quitar esta gloria y honra al nombre latino».

El traductor adopta ahora una actitud más conciliadora para intentar equilibrar primero un poco la balanza de méritos:

No se debe ciertamente negar a la Italia lo suyo ni a la Grecia lo suyo, mas aún menos a la España lo suyo. [...] Demos lugar al Boccaccio y consintamos que robe, como suelen griegos y latinos robar las glorias ajenas, ¿podrame negar que el alemán es principal ahora en poner adelante las letras, que ha inventado el maravilloso artificio de la imprenta? [...] el mismo Boccaccio, si la imprenta no fuera, durmiera quizá en su Italia y ahora [...] se despierta su nombre en la España y halla manera de andar por más bocas que nunca anduviera.

Obviamente nuestro traductor no conocía la enorme cantidad de manuscritos que habían ya extendido las obras de Boccaccio por toda Europa, como nos ha documentado prolija y detalladamente Vittore Branca.

Continúa luego el traductor con una sibilina manera de llevar el agua a su molino, pues finge abandonar esa disputa para afirmar que la verdadera gloria de la fama se debe no a las palabras sino a las obras. Pero si a las obras virtuosas nos referimos «¿quien llevó la ventaja [...] más que] nuestro maravilloso Trajano?» que «ahora es forzado loarle por lo que hizo Gregorio de santo cristiano [...] el mismo Padre Santo y príncipe de la Iglesia Santa Católica», «el bienaventurado Trajano, nuestro español». El comentario acaba con estas palabras que dejan, de un aldabonazo, bien sentado a quién corresponde la verdadera superioridad.

En cambio, en su breve comentario al capítulo XXXI, en el que se ha narrado cómo Polixena fue degollada por orden de Pirro para vengar a Aquiles, no sólo expresa su acuerdo con la opinión de Boccaccio, en el sentido de que la muerte de una muchacha de «edad tiernecita» fue un acto de severidad inhumana, sino que apostilla en primera persona: «concluyo que más quedó mancillada la fama de Pirro por matar tal infante que vengada la muerte de Aquiles; antes pienso yo que a los dos ensució el homicidio tan crudo».

El resto de los comentarios con alguna excepción que comentaré, pueden reunirse en dos grandes temas: el referido al cristianismo y el referido a la mujer.

El más abundante es el que podemos llamar, de un modo muy general, tema cristiano. Lo que quiere decir que el traductor, tanto si Boccaccio lo

hace como si no, aprovecha el tema de que se trate, siempre pagano, para llegar a una reflexión religiosa cristiana.

En el capítulo 4, que trata de Juno, indica Boccaccio que fue venerada por varios pueblos que cita y, en fin, por los romanos, incluso después del advenimiento de Cristo. Lo que aprovecha el traductor para afirmar que el mismo Tiberio quiso venerarlo como dios, a lo que se opuso el Senado, movido sin duda por la voluntad divina, para demostrar «que no está en las armas, poder, riquezas, ni en el favor de la prosperidad ni aun de la vida el verdadero vencer, mas en la humanidad y sufrimiento magnánimo del justiciado morir, como en lo de Cristo [a]parece».

Más interesante que este, hasta cierto punto, lugar común del cristianismo, en verdad poco practicado, es el comentario al capítulo VI, en el que, al tratar del nacimiento de Minerva «de los sesos de Júpiter», con un procedimiento muy medieval cristianiza el tema, haciéndolo figura o alegoría que debe interpretarse con sentido cristiano: «también la sapiencia engendrada que es el hijo de Dios decimos que nace de los sesos de Dios Padre, es [...] decir de la substancia intelectual del Padre...» y aquí se extiende en largos razonamientos en términos técnicos de teología, que evidencian un buen conocimiento de esta disciplina.

Un poco más adelante, siempre en este mismo largo comentario, afirma su convicción de que el arte de «hilar, labrar y tejer los paños», que los paganos atribuían a Minerva, «la común opinión a Nohenma lo atribuye o a lo menos los más de los famosos hebreos y cristianos autores, que de la sangre fue de Caín y por ende no de las escogidas». Lo que se justifica con un curioso argumento:

plugo al soberano disponedor de las cosas que las más de las inventadas artes así liberales como aun mecánicas fuesen halladas por los réprobos y malos porque ya que perdían lo del cielo no perdiesen alguna gloria en la tierra y porque sirviesen de algo siquiera a los escogidos...

Un tercer punto curioso en este comentario es una referencia a Mahoma, muy forzada, me parece, en relación con el nacimiento de Minerva. Escribe el traductor: «es mucho de afear el Mahoma y los moros que en esto le siguen, que dice en su Alcorán que Dios sin mujer, sin cama y sin corrupción no pudiera hijo engendrar». Me parece una evidencia de que, en este caso, cita de oídas, porque no he podido localizar tal afirmación en el Corán, sino

precisamente la contraria. A la pregunta de cómo es posible que una virgen engendre, en la sura n.º 19, aleia 36, se afirma: «Cuando Alá decreta una cosa, no tiene más que decir «Sea» y es». Parece que no conocía el libro sagrado musulmán tan bien como parece conocer lo hebreo, según veremos.

Todo ello para afirmar, en fin de cuentas, que es imposible filosofar sino a la persona «más quita[da] y apartada de las heces de las carnales fantasías», citando en su apoyo a Aristóteles y a San Jerónimo.

En el capítulo VII, que trata de Venus y su invención de «los deshonestos lugares de las públicas mujeres», se escandaliza de que pudiera adorarse a tal mujer y termina muy retóricamente con una contraposición, también muy forzada, para llegar siempre al mismo tema:

¿quién no llorara los engaños de aquel tiempo tan vil y corrupto? Y por ende ¿quién no se espantara o gozara más que maravillosamente de la honestidad, virtud, santidad y poderío de Cristo que así pudo limpiar el mundo de tan espantosas y abominables fealdades?

Arrebatado por el sentimiento de disgusto termina con un radical «los otros crímenes deo por no ensuciar el papel y por no enconar el aire con ellos».

La misma intención sermoneadora le lleva a considerar que la venganza de Latona sobre Niobe (capítulo XIV) se produjo, en realidad, por voluntad divina, pues aunque aquellos dioses fueran falsos «a la intención mira Dios», para acabar amonestando: «Ved qué hará la divina justicia en los que ponen lengua en su verdadera e infinita majestad, cuando con venganza tan cruda mandó ser punida la blasfemia de los falsos y engañosos dioses».

El comentario al capítulo XIX es también más largo que el capítulo correspondiente. El tema de la sibila Eritrea le facilita extenderse sobre la voluntad de Dios de anunciar, incluso a los paganos, la venida de Cristo, para que nadie pudiera alegar ignorancia.

En el capítulo XXIV encontramos al traductor aceptando la tradición del Virgilio pre-cristiano, que anuncia la llegada de Cristo y la nueva era en *Bucolicas* IV.

Tras el capítulo XXIX retoma el tono de prédica, quizá pascual por lo optimista, en este caso: «Sentid los mortales, y ende más aquellos que de nobles deseos tenéis acompañado el querer, cuán dulce y sabrosa es la gloria de la virtud», etc., etc.

El tema de la castidad, recurrente en prácticamente todos los capítulos del libro de Boccaccio, es también glosado por el traductor en varias ocasiones.

Recojo, por responder no sólo al pensamiento religioso sino también, y a partir de él, al pensamiento generalizado en muchas culturas y no sólo en la Edad Media, la admiración que expresa por el romano Virginio porque, pese a ser hombre «plebeyo y de bajo suelo» prefirió matar a la «hija virgen antes que ser padre de la desflorada».

En el comentario al capítulo LXXIII, afirma, sin embargo, que «como quier que padezca el cuerpo, cuando el noble corazón queda casto, no se mancilla ni se pierde la castidad». Demasiado sutil, sin duda, para el plebeyo Virginio.

Del capítulo LXI aprovecha la narración de la muerte de la mujer de Filipo y de su hijo Alejandro, para, por una parte, lamentar y apiadarse de las angustias que conlleva el ceñir la «real diadema». Y en segundo lugar apostrofa a la muerte que «por un igual [ar]rebata al papa, emperadores y reyes, ni perdona a ninguno por grande que sea», lo que enlaza hacia atrás en el tiempo, con los temas medievales de la danza de la muerte y hacia adelante en un avance de los temas que desarrollarán algunos aspectos del barroco. Pienso concretamente en algunos cuadros de Valdés Leal.

Deriva igualmente el tema de la joven romana que alimentó con su leche a su madre presa (capítulo LXV) para afirmar que su virtud no podía venir sino de Dios.

Al relatar el milagro realizado por una diosa pagana, Boccaccio afirma que pedir, como en este caso, un milagro para demostrar la propia inocencia es tentar a Dios. El traductor matiza y considera que pudo ser precisamente la voluntad de Dios que el milagro se hiciera para sostener la virtud de la mujer calumniada. Constata también con ecuanimidad la existencia de opiniones de autoridad que estiman que los sedicentes milagros de los dioses paganos eran sólo engaños del espíritu maligno.

En el comentario al capítulo LXXIX vemos ya apuntar algo que, si bien siempre estuvo latente en la religión cristiana, tomará cuerpo mucho más tarde en una España contrarreformista y tridentina. Se ha relatado cómo la romana Sempronia puso su gran inteligencia y sus dotes de escritora, oradora, cantante y bailarina, al servicio de su lascivia. Esto lleva al traductor a reflexionar y concluir que el hombre que sabe, si es malo, perjudica más que un malvado ignorante. Y en el caso de la mujer, si sabe, desea y al desear «embravece en cumplir su desorden».

Lo que nos introduce en el segundo de los temas tratados con más frecuencia en estos comentarios, la mujer. No deja de ser curioso si tenemos en cuenta que el libro que traduce y comenta trata, precisamente de mujeres.

Debía de parecerle, sin duda, más importante insistir en las posibles enseñanzas religiosas, fuere cual fuere el tema del capítulo que comentaba.

En este tema de la mujer encontramos ambivalencias que parecen ser las habituales en los varones pensantes hasta casi hoy mismo. El traductor admite el tópico consagrado de la flaqueza y la menor capacidad intelectual y organizativa de la mujer, pero eso le hace admirar a las que fueron capaces de superar esa «flaqueza» característica femenina, para alcanzar los grados más altos en artes o técnicas consideradas no adecuadas a su sexo. El resabio medieval aparece en su anatema contra las brujas y en algún otro caso.

Ya hemos visto cómo en el capítulo LXXIX atribuye al conocimiento la capacidad de generar deseos en la mujer, deseos que la empujan a desafiar las normas e incurrir en «desorden», es decir, en actividades *non sanctas*.

En la línea de admiración o defensa de la mujer encontramos distintas facetas.

En el capítulo XXVI, Boccaccio ha narrado la historia de Procris, una mujer tan perfecta en el cumplimiento de todos sus deberes que su marido quiere probarla hasta el último extremo y le prepara trampas sugestivas que la hacen finalmente caer. Tenemos el tema de toda una genealogía literaria, tema que volveremos a encontrar en el *Orlando Furioso* y en *El curioso impertinente* del *Quijote*, por citar dos de los ejemplos más conspicuos. El traductor asume la defensa de la mujer culpando al marido de haberla puesto en esa tesitura «con tanto ahinco» y aprovecha para redactar un anatema contra los celos, otro tema universal.

En el capítulo L, Cloelia, «virgen romana» hecha prisionera con otras muchas doncellas, decide fugarse con todas ellas y lo consigue. El traductor admira la capacidad organizativa y el valor para afrontar dificultades imprevistas de esta mujer que «más como varón que como delicada doncella acometió de salir con tan varonil y maravillosa empresa».

En el capítulo LIV, Tamaris aprende de su padre, pintor, y llega a ser una excelente pintora. El traductor apostilla: «Que lleguen las flacas doncellas a la sabiduría de los varones cosa de maravilla es, cuánto más, pues, que los venzan».

En el capítulo LXXVI, se quiso obligar a Sempronía a aceptar algo indigno que mancillaría el honor de su familia, pero «la constancia suya mujeril en cosa alguna no se quebrantó ni flaqueó». Lo que provoca el comentario del traductor: «Tanto mayor gloria se debe a las damas que tienen constancia cuanto más la delicadeza femenil sufre peligro de caer en mudanza...».



Un poco distinta es la hazaña de Dripetua, reina de Laodicia, que, a pesar de tener dos filas de dientes, no perdonó «peligros o trabajos algunos» para seguir a su padre. Como sabemos, lo que hoy sólo es un problema de onerosa ortodoncia, en la Edad Media, como todas las deformidades físicas, se consideraba señal inequívoca de deformidad moral. Razón por la cual encuentra el traductor tan meritoria a Dripetua. Reproduzco el comentario entero porque es el más breve de todos.

Por ende parece más loable tal reina, porque según los filósofos las diformes señales las más veces inclinan a diformes costumbres y vencer las inclinaciones del mal no puede sin gran virtud ser, cuanto más en sexo tan flaco y en crianza tan envuelta en deleites y tan dispuesta a los vicios.

Con ocasión de la historia de Medea (cap. XVI), y también desde una perspectiva todavía claramente medieval, describe el traductor con cierto detalle que aquí evito, por ser sobradamente conocidas, las actividades en los aquelarres de las que «ahora se dan al espantoso partido que llaman de brujas». La conclusión inevitable y ortodoxa es que, si se obstinan ya «en esta vida a tomar espanto, sombra y pavor en platicar, seguir y obedecer al prin-

cipe de la muerte y del infierno espantoso que es Lucifer, con él [...] para siempre han de penar».

Pero el aspecto probablemente más interesante de todos estos comentarios es el cuidado compositivo y estilístico con el que están escritos, lo que nos permite suponer al traductor como persona que conoce y maneja bien el castellano de su época y de su región y se deleita y se esmera en ello. He seleccionado varios fragmentos de distinta entonación a modo de ejemplos.

Antes citaré sólo un párrafo en el que podemos apreciar el sabor de su lenguaje al traducir el latín de Boccaccio donde Zaccaria es simplemente correcto (no pensamos que pretendiera otra cosa) y Albanzani, a veces, ni eso.

Verum Meonio brevi a militibus suis trucidato, quasi possessione vacua derelicta, generosi animi mulier in predesideratum imperium intravit continuo et filiis eius adhuc parvulis, imperiali sagulo humeris perfusa et regiis ornata comparuit, filiorumque nomine, longe magis quam sexui conveniret, gubernavit imperium. Nec segniter...

Traducción de Albanzani:

Ma dopo breve tempo essendo morto Meonio da' suoi cavalieri, quasi essendo lasciata la possessione vacua, quella donna di nobile animo subito entrò nella desiderata signoria: e essendo ancora piccoli i suoi figliuoli, ella si presentò vestita e ornata a modo di re, e in nome de' figliuoli, governò la signoria molto meglio che non conveniva a femmina, e non vilmente...

Traducción de Zaccaria:

Ma quando poco dopo [Meonio] fu ucciso dai suoi soldati, e rimase libero il trono, la donna dall'animo forte entrò subito in possesso del desiderato imperio. Così, madre di figli ancor teneri, si presentò col manto imperiale e ornata delle insegue regali e governò l'impero, rimasto vacante, a nome dei figli, più a lungo di ciò che al suo sesso convenisse. E tutt'altro che vilmente...

Traducción de nuestro anónimo:

Meonio después, en breve muerto y tajado a piezas por sus caballeros, desamparada cuasi la possession, y siendo vacía y sin dueño,

luego esta mujer de ánimo generoso y noble codició de haber el imperio y ganolo para sus hijos que eran aún niños. Toviendo los arreos de reina y essomismo su albornoz en los hombros y con el nombre de sus hijos mucho más de lo que convenía al sexo gobernó el imperio y no perezosamente ni cobardemente...

Boccaccio empieza su nómina de mujeres dignas de mención con Eva (cap. I), la primera y en su momento la única, madre de todas las demás. En líneas generales se atiene al relato del *Génesis*. El traductor, en cambio, en un comentario más largo que el propio capítulo original, se inventa otra historia. Digo que se inventa porque no he podido encontrar referencia alguna ni en la Biblia ni en algún escritor consultado, como San Agustín. Pudiera ser también que estuviera recogiendo una tradición popular.

La cuestión es que el traductor relata toda la supuesta historia de Eva después de la caída y hasta su muerte. Salvando las distancias, que son enormes, por supuesto, podría ser una *novella* de la Jornada segunda del *Decamerón*, porque se nos cuenta, con una fuerza dramática estimable, un cúmulo de sufrimientos que acaban en final feliz.

El hecho es que, para el traductor, Eva fue «muy excelente y santísima persona». Una vez cometido el pecado original, se sintió tan culpable por el horror que nos dejaba a todos sus descendientes, que «siempre lloraba, gemía, siempre afeaba y dolía su culpa, siempre se llamaba homicida mortal de todos sus hijos». Hasta tal extremo que «los ángeles [...] con tanto fervor y deseo presentaron ante Nuestro Señor sus tantas lágrimas, suspiros y llantos», que no sólo la perdonó sino que, a modo de premio de consolación, en el sentido literal del término, le hizo saber que, de su progenie saldría la virgen de la que nacería el Salvador que borraría la mancha que ella había echado sobre la estirpe humana. Esto animó a Eva a seguir con su santa vida de penitencia, en la que «se atormentaba y se deshacía con ayunos, vigiliyas, abstinencias, con azotes y oraciones llorosas y otros rigores de penitencias terribles hasta que, vencida, caía por el suelo». Tanto mérito consiguió que, a su muerte, el mismo «príncipe de los ángeles y capitán de los escogidos San Miguel», fue el encargado de depositarla en el Limbo hasta «la venida de aquella tan santa, excelente y tan deseada hija suya» y la «del fruto maravilloso de su vaso real» que la sacó de allí, junto con los otros justos, para llevarla «a la eterna bienaventuranza del cielo do huelgan y holgarán para siempre jamás». La prosa del traductor consigue hacernos ver a la pobre penitente castigándose hasta caer exhausta y, como en las pinturas en dos planos, el

terrenal y el celeste, arriba los ángeles contemplándola y llevando sus méritos hasta el Juez Supremo para pedir su perdón.

La historia de Tisbe y Píramo, Julieta y Romeo de la mitología clásica por su dramática muerte, inspira a nuestro traductor un párrafo de fuertes acentos lírico-dramáticos:

Oh! cuchillo despiadado, triste y cruel, que tan poco mirabas contra quién te ensañabas! Mas volvamos a la razón. [...] cuán lezne resbala el que pone los pies en el camino del infierno, cuán dulce que sabe la mortal ponzoña de amor si no fuese [en]vuelta con rejalgar y veneno, cuán presto [...] da con vos en infierno, cuán antes de tiempo robó la muerte las vidas tristes destes donceles, cuán para siempre llorarán su desdicha. [...] no] les queda lugar de se arrepentir ni tiempo de remediarse ni manera de se valer ni esperanza de dar la vuelta. Dos muertes son de llorar, mas puede la primera dar fin a su saña. La segunda para siempre atormenta, no tiene freno, no rienda ni templanza ni medio. Toda es mortal. Así mata la esperanza y peor que la vida. Ya la vida en hora buena matase, que aquella muerta, no tendría que matar, mas antes por matar más crudamente más aviva la inmortal vida que por ello inmortalmente vive porque para siempre viva el morir.

Nos está hablando, por supuesto, de la segunda muerte, la que los condenados quisieran alcanzar para librarse de su penar y cuya ausencia forma parte del castigo en el infierno.

Es, evidentemente, una elegía compuesta con voluntad de estilo que, en su segunda parte, recuerda en sus retruécanos algunos versos o párrafos de las corrientes barrocas que florecerán siglos más tarde.

La misma fuerza, más truculenta ahora, muestra al describir la muerte de Hércules (cap. XXII) según una versión distinta de la que da Boccaccio en su historia de Deianira, más ajustada a la tradición clásica. Dice el traductor:

No murió el hazañoso Hércules, no, tan en su seso ni tan como vencedor como escriben algunos, mas tan desesperada y rabiosamente, que primero con desatiento y furia mató de sus manos [a] su mujer y [a] sus hijos y después mató a sí mismo. Violo Filotetes, heredero suyo, y echó leña porque antes muriese en la hoguera [en] que le había echado. Violo ciertamente arder, vio quemar aquellos recios nervios y fuertes miembros y cruda persona y las cenizas suyas en el Oeteo monte a la postre sepultó.

El más significativo en este sentido es el comentario, larguísimo, que sigue a la historia de Lucrecia (cap. XLVI).

Para empezar, asume implícitamente su condición de escritor en pie de igualdad con los demás, al afirmar que, aunque ya la hayan alabado muchos otros escritores y eso le descargue de la obligación de hacerlo, es tanto el mérito de Lucrecia que se puede seguir alabando en la seguridad de no ser nunca excesivo.

Sigue luego una verdadera glosa amplificatoria de lo ya dicho por Boccaccio y, arrastrado por la fuerza de la historia, se implica en ella de varias maneras. Primero apostrofa directamente al malvado Tarquino:

¿No te bastara, Tarquino desventurado, que gozaste de tal vista, de tal habla y tan dulce conversación de tal dama, sin que le procurases tal mengua y deshonor [...]? más honra le fue [...] que amenguar tú la pudiste. A ti, deshabido y mancillado para siempre, a ti procuraste la infamia perpetua [...] Empero, ¿quién no llamara más venturosa aquella muerte que desaventurada tu vida, más gloriosa su fama que difamada tu infamia, más ensalzada y subida su gloria que mancillada tu mengua...

Aprovecha para introducir unas líneas de sermón:

esfuercen los malos de acechar la virtud que cuanto más acechada tanto más glorioso renombre le procuran y ganan. Si no, ved la prueba en aquestos, que ninguno tan alarde, feroz y tan fiero que en oyendo el nombre de Lucrecia no se alegre y consuele y en oyendo el de Tarquino no se enoje, agravie, ofenda y espante.

Luego toma parte directa en el duelo de los hechos: «No me duele sino la muerte que le causaste» y se dirige ahora directamente a Lucrecia:

No me pesa, Lucrecia, sino que ver tu gesto no pude; no pude porque pudiera tanto de tu hermosura y honesto semblante hablar cuanto de tu virtud a todos nos obligaste a escribir. Pésame, por cierto, que a nuestros tiempos no llegaste...

Aquí incide en el tema cristiano porque considera el traductor que, puesta a dar la vida, mejor la hubiera dado por Cristo que de manera tan injusta como la dio.

Vemos, cómo, en poco más de una página, cambia de registro varias veces de acuerdo al efecto que quiere producir en el lector. Probablemente conocía tratados de retórica y de poética y seguramente tenía la técnica de redactar o preparar sermones.

Lo que nos lleva a reflexionar sobre su personalidad, a partir de los datos que sus textos nos dejan vislumbrar, ya que todos estos comentarios nos proporcionan detalles que nos permiten dibujar, si no un retrato acabado, sí al menos una silueta de su autor, un tanto desvaída, porque ninguno es definitorio, pero con visos de verosimilitud.

En el siglo XV, el hecho de que conozca y maneje bien el castellano, con localismos, sí, pero en una proporción relativamente pequeña, que no lo limitan sino que lo enriquecen, lo sitúa ya en una franja social muy concreta, incluso dentro de la órbita de los traductores, digamos profesionales. En sus estudios sobre la traducción, Rubio Tovar encuentra tantas diferencias entre ellos que no se atreve a trazar un perfil globalizador, pero sí da dos rasgos que le parecen poder deducirse: uno es que «en general la mayoría de los traductores no eran estilistas y escritores sino artesanos, honestos a su manera y perseverantes» (1977: 231) y el otro es que debían de «trabajar deprisa y sin tiempo para las revisiones» (1977: 229). En cambio, hemos podido comprobar que este traductor sí se preocupa por el estilo, sobre todo en los comentarios de creación propia, pero también en la traducción, en la que sin dejar de seguir fielmente el texto, cuida de trasvasarlo esmerando la expresión, buscando la más precisa y jugosa.

Conoce la teología, como demuestra en el capítulo VI, en el que utiliza términos bastante técnicos, no al alcance de cualquiera, por ejemplo, el término «figura» empleado en el exacto sentido en que lo precisaron los teólogos del siglo XII. En el mismo capítulo, afirma «que Dios Padre inteligencia es acto puro que siempre y desde *ab eterno* se entiende y entendiéndose[se] a sí mismo, de su misma infinita belleza y de la infinita substancia intelectual que posee, engendra y traslada otro sí mismo», etc., etc. Es un párrafo que desborda ampliamente los escasos conocimientos de teología que pudiera tener entonces un clérigo cualquiera.

Podría servir de abundamiento, en este sentido, la gran cantidad de citas de distintos autores. Los escritores medievales con frecuencia citaban sobre citas anteriores, sin conocer el texto de referencia. En este caso, el conocimiento de muchas de ellas es plausible: por supuesto las de la Biblia y los Santos Padres. San Jerónimo y San Agustín son los más citados, este último con los datos bibliográficos exactos. También San Justino, autor de una *Apo-*

logía de la religión cristiana, Orígenes y alguno más. No parece descabellado que conociera alguna obra de Cicerón, Tito Livio, Virgilio y Aristóteles, aunque fuera en versiones medievales más o menos genuinas, así como a Valerio Máximo y a Lactancio, del que cita con precisión el libro I, capítulo IX del tratado *De las divinas instituciones*.

Todo esto nos lleva a añadir al esbozo de la imagen de nuestro anónimo los rasgos de un estudioso, curioso de la historia de tiempos pasados, lo que explicaría, en parte, que se dedique a las mujeres ilustres de la Antigüedad, como se explica que decidiera traducir a Boccaccio, del que conocía, al menos, las *Genealogie*, del que afirma ser «el mejor de los libros que él hizo». No podemos saber por qué decidió traducir el *De mulieribus* en vez del otro, si le parecía mejor. Podemos apuntar que probablemente fuera una sugerencia o un encargo del editor, toda vez que parece que existía un público femenino consumidor de libros, destinatario de elección, por tanto, para un tratado como el que nos ocupa, que podría venderse bien.

Este aspecto suyo de sabio, si se nos permite la hipérbole, es subrayado en el comentario al capítulo XXXIII, en el que, tras contar la historia de Casandra, entona una loa entusiasta al conocimiento, citando en su apoyo a Cicerón y San Agustín y expresando ideas claramente aristotélicas:

las letras dondequiera os acompañan. En la prosperidad os ponen tiento, medida y razón. En la adversidad os dan esfuerzo, paciencia y consuelo. En la posada os recrean y dan holganza y favor y si vais fuera os hacen honra y a la postre, como dice [San] Agustín, más vale la tristeza del cuerdo que la alegría del loco, más quiere llorar como sabio que reír como ignorante o niño, porque el saber perfecciona el entendimiento, lumbre y arreo de la razón que es lo más alto y mejor que tiene el hombre. Luego más es de hombre razonable plañir y llorar como varón que reír como niño. Mira qué ventaja lleva el saber al ignorar, que el mal casi del sabio es mejor que el bien del necio.

Otra característica interesante de nuestro traductor es el conocimiento de la lengua hebrea, de la que es capaz de enumerar rasgos lingüísticos de los que es obvio que ni siquiera todos los hablantes de esa lengua serían conscientes: «carece de tiempos, de modos, de algunas partes de la oración, de casos en los nombres y aun de letras, que es peor, y de las más principales, que son las vocales», porque no tienen, afirma, la o ni la e, aunque esta última la suplen con la aspiración. Por todas estas razones lo califica de lengua-

je «confuso e imperfecto». Pienso que este dato del conocimiento del hebreo, aun no siendo un hecho excepcional, acota aún más el área intelectual y social en la que debió moverse el traductor.

En cuanto a la ideología mostrada en sus comentarios, hemos visto ya que presenta rasgos ambivalentes, propios de períodos de transición. Se interesa por los personajes de la mitología clásica pero los interpreta desde una perspectiva cristiana, lo que lo enraiza todavía en la Edad Media, pero hemos encontrado también rasgos propios de un espíritu más abierto y tolerante, con intereses que podríamos calificar de más humanísticos o un espíritu crítico más libre de lo que se usaba en la época anterior. Recordemos cómo le parecían más dignos de alabanza los que protegen vidas que los que, por razones de conquista y de poder, no dudan en hacer huérfanos y viudas. O cuando hace la crítica de los señores que creen en adivinos y los buscan para saber el porvenir. Es de una agudeza muy moderna cuando afirma que «las más veces por lo tener tan sabido, pensando remediar[lo] ellos arman los medios por donde antes se pierdan» (cap. XIII).

Si recapitulamos, encontramos a un clérigo con grandes conocimientos de teología, con un mundo amplio de lecturas, con ideas a veces atrasadas, a veces ya avanzando sobre su época, que conoce bien el hebreo y lo denuesta, que insiste reiteradamente en la importancia de la castidad, que, en ocasiones, es un tanto excesivo en su celo religioso. Diría que se parece bastante al perfil de un converso. Por otra parte, no parece lógico que alguien que se toma trabajo y se esmera en hacer una buena traducción no desee que se le conozca. Quizá no fuera difícil rastrear en los archivos zaragozanos la personalidad de este buen traductor. Al fin y al cabo, en ese momento, no podía haber en la ciudad un número enorme de intelectuales de cierta valía y puede que aparezca algún dato de otro tipo que permitiera identificarlo.

En *La realidad histórica de España*, señala Américo Castro (1966: 53):

Todavía en 1491 Fernando el Católico protegía a los judíos de Zamora contra las prédicas de los dominicos, confiaba a hebreos la administración de la Santa Hermandad, los utilizaba como embajadores, etc. El final del siglo XV experimentó un muy intenso trastorno, que hizo imposible lo antes usual.

¿No podría ser ésta la razón del anonimato de nuestro traductor? Después de los decretos de expulsión de 1492, y, como sabemos, durante siglos, ningún converso debió sentirse seguro y quizá pensó que la traducción de un

libro de contenido mitológico y, en ocasiones, un tanto atrevido no era una buena recomendación para su seguridad personal y prefirió quedar ignorado a no quedar en absoluto. Por fortuna, si no su nombre, nos quedó su muy estimable trabajo, la primera aparición pública de Boccaccio en castellano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBANZANI DI CASENTINO, M. Donato (trad.), *Delle donne famose di Giovanni Boccaccio*. Bologna, Romagnoli, 1881.
- BOCACIO, Johan, *De las ilustres mujeres en romance*. Zaragoza, Paul Hurus, 1494.
- BOCCACCIO, Giovanni, *De mulieribus claris*, a cura di V. ZACCARIA, *Tutte le opere di Giovanni Boccaccio*. Milano. Mondadori, 1970², vol. X.
- BOCCACCIO, Juan, *De las ilustres mujeres en romance (Zaragoza 1494)*. Edición facsimile realizada por acuerdo de la Real Academia Española. Madrid, 1951.
- BOSCAINI, Gloria, *La traduzione spagnola del «De mulieribus claris»*. Verona, Istituto di Lingua e Letteratura Spagnola, 1985.
- FERNÁNDEZ MURGA, F. y PASCUAL RODRÍGUEZ, J. A., «La traducción española del *De mulieribus claris* de Boccaccio», en *Filología Moderna*, LV, 1975, pp. 499-511.
- FERNÁNDEZ MURGA, F. y PASCUAL RODRÍGUEZ, J. A., «Anotaciones sobre la traducción española del *De mulieribus claris* de Boccaccio», en *Studia Philologica Salmanticensia*, 1977 (1), pp. 53-64.
- FERRARI, Mirella, «Dal Boccaccio illustrato al Boccaccio censurato», in *Boccaccio in Europa. Proceedings of the Boccaccio Conference, Lowain, December 1975*. (Gilbert TOURNOY, edit.), Leuven University Press, 1977.
- RUBIO TOVAR, Joaquín, «Algunas características de las traducciones medievales», en *Revista de Literatura Medieval*, IX, Madrid, Gredos, 1997.